



DAVID BENEDICTE



TIEMPO MUERTO PARA ALLÍ



TIEMPO MUERTO PARA ALÍ

David Benedicte

Créditos

Edición en formato digital: marzo de 2015

© David Benedicte, 2015

© Foto última página: Rafa Gassó

© Ediciones B, S. A., 2015

Consell de Cent, 425-427

08009 Barcelona (España)

www.edicionesb.com

D.L.B.: 3.563-2015

ISBN: 978-84-9019-977-0

Conversión a formato digital: www.elpoetaediciondigital.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

*Para Ana,
porque esta es la noir que te debía,
y a la mayor gloria de Pepe Carvalho,
por el poeta que lo parió.*

Y a las víctimas del Charlie Hebdo.

Puedes practicar el tiro ocho horas diarias,
pero si la técnica es errónea, solo te convertirás
en alguien bueno para tirar mal.

MICHAEL JORDAN

Dios, Alá y Mahoma tampoco evitan que
caiga ensangrentada una paloma.

GLORIA FUERTES

Mis ojos, mis ojos manan agua.

ABRAHAM IBN EZRA

TIEMPO MUERTO PARA ALÍ

Las 8

Tres disparos.

Primero: ¡Bang, bang!
Y luego: ¡Bang!
Sonoros, secos, rotundos.

Ya están aquí. Es lo que pensó Alí, al oírlos, mientras se desabrochaba las And1. En el cuarto de estar. A las 8 de la mañana. En punto.

Qué hijos de puta. Arrancan bien la jornada. Los polis. Ya están aquí. La jodida pasma. Rodeando el 6° C. A punto de dar el primer patadón a una puerta que, como todas las de aquella escalera, parecía hecha de papel cebolla. En un tris de detenerlo después de lo ocurrido en las canchas de basket. Los maderos ya están aquí. Es lo primero que pensó Alí al escuchar cada bang. Los tres disparos. Con una de sus zapas, del 43, la izquierda, ensangrentada, en la mano. Temblando, de miedo, como un yonqui tembloroso. Ya están aquí.

Pero estaba equivocado.

Silencio. Las 8 y lo que siguió a aquella minúscula balace-
ra fue eso: un absoluto, espeso, masticable y atronador si-
lencio. Un silencio sepulcral que, además, dejó a Alí a cua-
tro latidos de sufrir un aneurisma cerebral. Relajó, pasados
exactamente 26 segundos, su esfínter. Después tomó aire.

Se tranquilizó un poco. Lo justo como para seguir respirando. Y sonrió. Los Hernández. Betito. El pequeño de los Hernández. 4° A. Cinco años de maldad en estado tan puro como selvático. Arroz, yuca y plátano frito. Beto. Ese tití ma-drugador que devoraba implacablemente emparedados de jamón york y dulces de guayaba mientras permanecía sentado en las escaleras del edificio. Beto. El potencial ñeta. Ñetito. Beto y el estruendo de su pistolita de pistones, comprada en el Híper Asia del barrio, bangeando el mundo a su paso. Hijoepuuuuuta, se dijo sonriendo Alí y sonriendo lanzó la zapatilla a un rincón del cuarto de estar.

La cosa sonó como si hubiese estallado un cuarto disparo: ¡Bang!

Decía la presentadora dentro del televisor:

—... nos despedimos tras el primer repaso a la nutrida agenda de este miércoles...

Y añadió:

—... que llega marcada por la final de la Copa del Rey de fútbol...

Lo decía con su peculiar forma de hablar, como si realmente se lo creyera, recreándose incluso un poco en las palabras. Con voz queda, rara. Entonces se mantuvo al acecho, en el otro lado de la pantalla, Samantha Murillo, la joven presentadora, segura de que por fin atraparía la atención, a un mismo tiempo, de su primer millón de extasiados telespectadores. Estaba convencida. Vivía para ello. Algo, sin duda, excepcional a esa hora en que le tocaba finalizar el informativo. Las 8. Pero ella esperaba el milagro. De lunes a viernes. Quizá porque su único dogma era el share. Todo, cualquier cosa por conseguir más audiencia. Día tras día, avanzando cada jornada en un ramillete de jugosos titulares. Dispuesta a chupársela, llegado el caso, a cada televidente por lograr su interés. No en vano la cirugía estética es el burka de Occidente. Qué presión. Eso sí, nunca se la vio perder la fe.

Mantén la cabeza inmóvil y algo girada a la derecha, en la misma dirección que aquella locutora pelirroja. Fue un auténtico flechazo. Y eso que estaba muerto de miedo. Otro ¡bang! En cuanto Alí la vio, se enamoró perdidamente de ella. Caía rendido, la verdad sea dicha, ante los encantos de cuanta presentadora atravesaba su campo de visión en la pantalla. No había manera de evitarlo. Mostraba algo más que una buena disposición para ello, el bueno de Alí. Cualquier experto en la materia, iluminado, hubiera dicho que tenía un don.

El dichoso don del enamoramiento redundante.

El resto era una especie de cacería ritual que adquiriría forma dentro de su cabeza. Tiro al blanco, aunque sería más preciso decir a la blanca, con la imaginación. Terreno vedado en los cinco metros cuadrados del cuarto de estar de la familia Habibi. Coto de caza, a las pelirrojas, en el submundo árabe.

Eso sí, se entera su padre de lo que estaba imaginando en aquel preciso momento y lo mata a palos. Pues no era nadie Suhayl, su padre, el imán. Los árabes son gente de fantasía, y la fantasía nunca es humilde; no puede serlo.

Alí creía en Alá, ya, pero es que con Alá no se puede hablar nunca porque no escucha, no entiende, parece que todo le diese igual. No hay manera. Además, ¿quién nos dice que Alá no ha inflado el currículum? A ver quién le contaba a Él que no le importaría casarse, aunque fuera en la mismísima catedral de Burgos, con la presentadora de aquel Telenoticias, por un suponer, pero que no podía porque no parecía ser una mujer real, de carne y hueso, sino algo extraño. Una especie de holograma parlante. Bastaba con oírla.

—... les dejamos con el resumen de nuestros titulares. Gracias por estar al otro lado de la pantalla, y que pasen un feliz día —decía ella.

Con su peculiar forma de hablar. Con su voz queda.

Lobezna del nuevo viejo periodismo.

Loba feroz con traje chaqueta de piel de cordero.
Constantemente al acecho, Samantha Murillo.
Una encantadora de serpientes. Y de Alís. Nacida para gustar.

La sensación que tenía él era la de escuchar, sin prestar atención, un catálogo de misceláneas narrado por una hurí, una de las bellas mujeres del paraíso musulmán. Por eso prefería mirar antes que oír. Se adormilaba ante la visión de aquella pelirroja, vestida de Prada, con sendos másteres en comunicación audiovisual en media docena de países de imposible pronunciación.

Ver la tele a primeras horas del día parece muy lascivo por la sordidez que augura, pero resulta ser un frustrante erótico porque nunca cumple esa lujuria prometida realmente. Transitar y poco más frente a las imágenes zapeadas del televisor, eso es todo. Como sobrevivir a los estragos de un domingo por la tarde sitiado por las huestes del más completo aburrimiento. Vista así, reinando en los últimos minutos de un somero informativo del que se creía emperatriz, Samantha, la joven presentadora, parecía cualquier cosa menos una joven presentadora.

—Eres preciosa —dijo Alí como se lo diría a una novia. Lo dijo en árabe. Zwina. Era la lengua que le salía. Por defecto. Cuando se enfadaba. O cuando creía estar enamorado. ¿Enamorado? Se preguntó a sí mismo. En ocasiones, crees saber algo sobre algo, pero, en realidad, no tienes ni puñetera idea de nada. Allah yister. Eso es lo que realmente dijo Alí. Allah yister. También árabe. Que quiere decir Que Alá nos proteja de todos los vicios. Entonces cayó en la cuenta de que le costaba mantener los ojos abiertos frente a su amada empantallada. La modorra era más fuerte que él. Y, tras el sorprendente

—Chof —que soltó la joven presentadora al verse de pronto desenchufada, Alí puso rumbo al dormitorio. Seguía de bote en bote. Como cuando horas antes había intentado acostarse. Sin éxito. Dormía mal últimamente, con tanto

calor pegajoso, con tanto ronquido, con tanta y tan fecunda parentela alrededor. Era un moro muerto de miedo y de sueño. En realidad, todo lo que rodeaba a la familia de Alí era tosco, excesivo y grosero en opinión del propio Alí.

Cambiaban con frecuencia de casa, y siempre la última era la más miserable. Le molestaba un poco que, tanto por la noche como por el día, lo mismo daba, casi todas las habitaciones estuviesen abarrotadas; casi todos los armarios, repletos de ropa; casi todas las sillas, ocupadas; casi todos los tenedores y cuchillos y cucharas y vasos y platos sucios, esperando relucientes enjuagues que nunca o casi nunca llegaban. Aquella casa era un descontrol teledirigido.

La vida de Alí era la de un joven perpetuamente flanqueado por familiares y por frases que casi siempre arrancaban con casi. Casi, casi, casi.

Había muchas sensaciones memorables en aquel dormitorio, bajo la mancha de humedad que se extendía por el techo y parecía tener vida propia incluso para acechar los cuerpos acostados que se inflaban o desinflaban al compás de cada ronquido. Cientos, miles de sensaciones. Bastaría cualquiera de ellas para que el famoso extraterrestre que debe bajar a la Tierra dentro de mil años certificase que, en efecto, había existido vida en el planeta. Vida, incluso, muy poco inteligente. Eso es lo que, aún medio fumado, pensaba Alí al desatarse la otra zapatilla, y al reparar en que se empezaban a colar por las rendijas de la persiana las primeras luces del alba. Acostado. Entre penumbras. Frente a la mirada triste de Sharapova que brillaba en la semioscuridad.

A fin de cuentas, ya solo quedaban estos paréntesis de claridad. Los mismos que al final de una noche en blanco deja una fría pulsión de supervivencia. Nada de lo que alarmarse, pensó Alí. Ocurre todas las madrugadas. Amanecer. Y uno no puede más que caer rendido, o anestesiado, entre sus sombríos brazos. Pero hasta que llegaba ese momento, habían vuelto a acompañarle los late nights últimos

de la jornada y los coños de las strippers y las teletiemendas cuya hipnótica visión a veces le provocaba un dolor tan fuerte e inaguantable como el del crecimiento. Era un niño hombre muerto de sueño.

Una, dos, tres veces acarició con la punta de sus dedos el lomo a Sharapova. Una, dos, tres veces los gruñidos habían dejado de molestar. Una, dos, tres veces Alí presintió que su vida sería siempre algo que los demás acabarían contando. En árabe, en español, en el idioma perruno de Sharapova, ¡qué más daba la lengua elegida cuando lo único importante era el fin! Puesto en paz lo negro y lo claro, pronto regresarían las bellas locutoras matinales y entonces podría decirse que aquello no estaba perdido del todo.

Horas antes, como siempre, al volver a casa, en el vecindario se habrían referido a él, si acaso, como «aquel capullo moraco» o «el hijoputa de Alí», lo que le convertía en todo un personaje: contagiaba al pasear a Sharapova por el barrio, de hecho, según el relato de algunos de sus colegas, como Hanza o Tariq, esa especie de fascinación que irradian los ayatolás cuando están flipaos o mueren en acto de servicio. O la de algunos talibanes, estos sí, vivitos y co-leando. O la que le sobraba al puñetero Sadam Husein cuando, aún ni muerto ni vivo, en medio de ninguna parte y a un tris de palmarla, qué cabronazo el tío, le dio por abroncar a su verdugo desde lo alto del cadalso. Alla humma. O sea, ¡Dios Mío!

Diecisiete años. Marroquí. De Esauira. Un hervidero de sentimientos contradictorios a quien el hachís hacía sobrevolar con frecuencia minaretes y desiertos sin la necesidad de salir del cuarto de estar. No era totalmente consciente de lo que había de desagradable en su existencia. Tan patética. Hijo de felices inmigrantes. Inmigrante infeliz hijo de inmigrantes, nacido en una localidad del culo del mundo. Esauira. Por eso sobrevivía. Casi. Quizá. Aún. Aunque a du-

ras penas. Su vida no era más que una retahíla de adverbios. Había trabajado tras el mostrador de una carnicería halal a las afueras de Móstoles, Alí, hasta que fue despedido por tirar los trastos a las clientas.

—¿Qué dices? —fue lo que dicen que dijo su viejo la tarde en que se lo contó. Rememoraba Alí con frecuencia el silencio que siguió a ese ¿Qué dices? en el abarrotado trastero reconvertido en mezquita de la que era imán su padre. Uno diría que todos esos barbudos, estúpidamente siniestros, crueles y vengativos, un día sí y otro también, maquinando en la sombra de Occidente, se duchaban con el tarbush, la chilaba y las babuchas puestos. Pronto, muy pronto, de seguir así encontrarían motivos hasta para adorar un Big Mac si alguien les convencía de que eran las burgers favoritas de Mahoma. Otra manera legítima y desquiciada de relacionarse con Alá: por la gastronomía. ¿Cuál no lo era?

Alí a veces tenía que reprimir la sospecha de que su familia habitaba en un mundo semirreal de palabras puras y que amaban el Corán sobre todo por su lenguaje, un caparazón de taquigrafías atropelladas cuyo contenido está en sus sílabas, en su extático fluir de eles y haches y sonidos guturales entrecortados, que se resume en los llantos y la valentía de aguerridos jinetes envueltos en túnicas bajo el cielo sin nubes de Arabia en busca de un paraíso repleto de hurfes. Nada que no apareciese cada noche en los vídeos de la MTV.

Pero en España no hay umma. No hay estructura divina que lo abarque todo, que haga postrarse, hombro con hombro, hombre con hombre, a ricos y pobres. No hay ningún código de sacrificio del individuo, ninguna sumisión exaltada como la que reside en el corazón del islam, en su mismísimo nombre. En España nada es gratis. Hay que pelear por todo. Cada cosa tiene un precio. No hay guardianes de la sabiduría ni leyes justas. No hay ummas ni sharia.

Y sin la umma, el conjunto de saberes técnicos y prácticos con que se gobiernan en grupo los justos, la fe es una

semilla que no da fruto.

Ahora que jugaba al basket de noche, Alí descuidaba el Corán y también asistir a los servicios del viernes, aunque, eso sí, siempre cumplía con el salar. No se saltaba ni uno solo de los cinco rezos diarios, estuviese donde estuviese, mientras fuese en un lugar impoluto. Mohamed, su tío, y su padre, el imán, piensan de él que es muy devoto. Que intenta ir por el Recto Camino.

Pero no es fácil en este país.

Hay demasiados caminos. Se venden demasiadas cosas inútiles.

Jugaba partidos uno para uno. En la cancha de un instituto cercano. Y siempre de noche, el bueno de Alí. En su deseo estaba convertirse en un Karim Abdul-Jabbar a la española-moruna. Sharapova se le había comido tres zapatillas y un balón. Llevaba Sharapova en su interior una enciclopedia de baloncesto hispanomarroquí contemporáneo. Aparte de bulímica, Sharapova era homosexual. De eso sí que empezaba a estar seguro Alí. Tenía pruebas. Lesbiana. Una schnauzer gigante que enloquecía, salivando emocionada, sin importarle raza o condición, ante cualquier perra inocente que se cruzase en su camino. Las prácticas homosexuales son perseguidas en casi todo el mundo islámico. Las penas que se aplican a los que cometen estos actos considerados nefandos, por ser fruto de la perniciosa influencia occidental, van desde los cien latigazos, en muchos casos, hasta la pena de muerte.

El mundo siempre ha estado doliendo.

Dudas sobre la existencia de Alá, una perra bollera y un fiambre caliente a sus espaldas. Aun así, Alí se repliega pero nunca se rinde. Igual que los Globetrotters. Es el Ho Chi Minh semioculto en todas las canastas del barrio. Un generalísimo del basket. Todos los mates llevan su nombre. Car-

ga con su sombra y con sus redes a modo de talismanes. Ofrece cada madrugada su rostro a la sal del mar, y a los vientos, sus semillas, sus nombres y sus palabras, encestando más allá de la línea de tres puntos, el nómada basketbolero Alí Habibi.

Intenten, si pueden, detener a un adolescente que viaja con sangre ajena en las zapatillas. Unas And1. Talla 43, ya se ha dicho.

Alí se tranquilizó un poco. Sin embargo, sus ojos toparon con una luz que brillaba en la oscuridad y que, muy alejada al principio, se iba acercando hasta ser un recuerdo: aquel cabrón de filipino seguía clavado en mitad de la cancha como lo haría una mariposa en la mesa del despacho de un entomólogo. Siete puntazos con un destornillador de punta de estrella fueron los que le asestó Alí mientras Sharapova ladraba retazos de una lengua sufí remota, desconocida. Personal en ataque. Quebrado, como un ángel recién caído, bajo la canasta, quedó aquel contrincante sin honor, sin aliento, sin vida, desolado como un desierto. Sus ojos abiertos parecían mirar las estrellas. Lo habían visto todo ya.

La habitación estaba bañada de un rumor húmedo y obsesionante; en una pasmosidad sin aliento, bulliciosa, confusa, lejos del silencio de la calle. Apenas intentó moverse. Sus manos apretaban con fuerza y los dedos se entrecruzaban rápidos y duros. Todo él se desalentaba y se hundía en un espacio blanco sin dimensiones. ¿Por qué había reaccionado así? ¿Quién le mandaría lanzar toda su ira contra aquel pobre diablo? Había en su lamento un intento de superación de la tristeza, de la melancolía, del desgarramiento. Pero todo intento de redimirse, de salvar su alma, resultaba en vano. Eran las 9. En punto.

Las tragedias griegas suelen empezar al romper el alba.

En la mañana viva, Alí no quería ser Alí.

Cerró los ojos y se quedó dormido al instante.